

E-INNOVA GEOGRÁFICA: EL COLOSO DEL MONTE SAINT-MICHEL

Una novela breve y misteriosa de Tomás Andrés Tripero

Fragmento



De no haber sido por José Javier Martínez Palacín (al que a partir de ahora llamaremos “J”, como siempre nos hemos referido a él) jamás habría ido yo a visitar la Abadía del Monte de Saint-Michel. Y fuimos porque ese es su lugar preferido en el mundo y su destino más deseado. Su sueño al fin conseguido: poder vivir cerca de ese enclave del que yo desconocía su magia. La fascinación de un lugar cuya posesión se disputan Bretaña y La Normandía en una controversia que no tiene fin y que cada verano se lleva a las calles de la tranquila ciudad de Pontorson. Estoy seguro de que esas

grandes regiones de Francia, ahora apacibles, serán el refugio de quienes, como “J”, no quieran dejar de contemplar y fotografiar ese gran vórtice, esa puerta abierta a otras dimensiones, que se nos manifiesta entre el sueño y la realidad, la historia y la leyenda.

Lo que descubrí allí, la realidad, oculta y asombrosa, que pude desvelar, para mi asombro, me llevaron a la necesidad de escribir esta novela: “El Coloso del Monte de Saint Michel” (“Le Colosse du Mont Saint Michel”)

Creo que esa localización increíble, la del Monte de la Abadía de Saint-Michel será siempre un lugar sagrado para los seres humanos, un lugar de culto más allá de religiones o de creencias, porque el culto que allí se rinde es al del misterio de su significado. “J” (José Javier Martínez Palacín) es un gran poeta, un escritor extraordinario, un fotógrafo increíble del testimonio de los grandes momentos vividos y, sobre todo, una de esas personas maravillosas que a veces tenemos la suerte de encontrar casualmente en algún momento de nuestra vida. Y estoy convencido de que el Monte fue, es y será el refugio de todos los poetas porque atrae los sueños de los que se alimenta el espíritu de las mujeres y de los hombres más sensibles. El espíritu de aquellos que, en El Monte, hemos tenido la visión de una humanidad liberada. El sentimiento de que, a partir de ese momento, todo será real y duradero y que ninguna tarea será demasiado grande para que la asumamos.

Es bueno experimentar plena y sencillamente la felicidad y aún mejor saber que eres feliz, comprender que lo eres y saber por qué y de qué manera. Emprender el viaje, la peregrinación hacia el lugar que “J” había señalado con la pasión de sus palabras y de sus imágenes - maravillosamente acompañado - me hizo saber el cómo y el porqué de esa felicidad. Y habría momentos aún mejores por llegar en el transcurso del viaje, momentos irrepetibles que, si alguien hubiera tan sólo intentado describirmelos, no podría haber llegado a creerlos.

Cuando “J” me habló por vez primera del Monte no sabía entonces que un día yo mismo me encontraría en el estrecho camino nocturno que la marea comenzaba a dejar, aún embarrado, para permitirnos el paso a los visitantes. Ni que contemplaría, desde las diferentes orillas que circundan ese grandioso lugar, la gran marea avanzando inexorable en el corazón de agosto, ni el lugar transformado en una isla resguardada por el mar intrépido o accesible a través de un inmenso manto de arena de playa.

Sí creo que “J” tiene razón al desear vivir cerca de un espacio geográfico que misteriosamente ofrece una extraña sensación de felicidad en un mundo en el que ya queda, cada vez, menos espacio para ella. Y es que allí, ¡sabadlo!, ocurren cosas maravillosamente buenas de las que tienes la sensación de que no podrían suceder en ningún otro punto del planeta.

Anhelar es conseguir llegar a ser lo que esencialmente somos...el sueño de una humanidad más humana, justa, progresista y solidaria...y sí, no hay otra opción mejor que la de hacer realidad nuestros más fervientes anhelos. Y yo me niego categóricamente a ser algo menos que el ciudadano del mundo que me declaré en silencio ser cuando, aquella primera noche, me encontraba en la contemplación del Monte de Saint-Michell. *The road is before us.*

En el Monte de Saint-Michel sentí con intensidad que todos los pueblos de la Tierra nos encontramos vital e irremediabilmente conectados...aunque parece que no hemos aprovechado ese conocimiento de forma inteligente alguna, excepto´ - naturalmente - para quienes se aprovechan comercialmente de los conflictos que los separatismos y las divisiones contribuyen a crear. Pero, ¡sabedlo! no hay más patria que la humanidad, ni otro país que la tierra. Y hasta que la ultimísima persona no se encuentre incluida en esa patria común, no habrá una sociedad verdaderamente humana. Y llegará el momento en el que la humanidad entera se alzaré de su lecho de ignorancia y sufrimiento con una canción de libertad en los labios.

Mi inteligencia me advierte que esa condición de la vida tardará mucho en llegar y que aún nos queda mucho que aprender, pero también me dice que nada, salvo eso, podrá llegar a satisfacer plenamente a la humanidad. Hasta que no lleguemos a ser plenamente humanos, hasta que no aprendamos a comportarnos como ciudadanos de la tierra, seguiremos creando ficciones que nos destruirán.

“J” lo sabe bien, acercarte al Monte de la Abadía de Saint-Michel es como aproximarte a la frontera de lo desconocido, tras la cual existe un mundo más luminoso al que debemos escapar... y las peores historias han quedado eliminadas con él. Por eso la sensación que nos mostró al acercarnos al Monte era la de estar resplandecientes, entusiasmadas y entusiasmados con la promesa, como así fue, de nuevos descubrimientos personales. Sólo después de esa proximidad geográfica entiendo la pasión de “J” por acercarse cada vez más, sentirlo cada vez más cerca. Ahí te das cuenta de que el mundo que hemos conocido carece ya de sentido...ha quedado eliminado, cerca del Monte nos experimentamos una realidad que todavía no existe, una realidad a la que todavía no pertenecemos, pero que secretamente nos espera.

Y es que ante la contemplación cambiante de las mareas, de los colores de las aguas y de las tierras enfangadas o secas.... y de la luz - que hacen que el Monte de Saint-Michel sea siempre tan diferente - podemos llegar a descubrir las posibilidades más deslumbrantes que se encuentran a nuestro alcance. Sentimos entonces que hay en nosotros facultades y energías desconocidas que no habíamos podido llegar a sospechar hasta ese momento. La sensación que se apodera de ti es que podemos llegar a vivir de nuevo como seres plenamente humanos...es un vórtice que, desde el pasado, nos

abre un futuro incitante mucho más eterno de lo que podríamos haber llegado a imaginar. Parece como si una voz que alcanza nuestro interior nos dijera: ¡Tomad este mundo cotidiano y abrazadlo! ¡Lo encontraréis lleno de sorpresas maravillosas! Sí, ante el Monte, nos encontramos ante el umbral posible de un mundo nuevo y mejor.

Sí “J.” es ahí en donde descubrimos que dentro de nosotros se encuentran dispuestas para que las gocemos todas las tonalidades de la existencia.

Sí en el Monte se produce el milagro...el “Milagro de St. Michael”, la llamada a mantener vivo el milagro...el sentimiento de que hemos de aceptar, cada vez más, un pensamiento cada vez más milagroso: un milagro capaz de expulsar la tortura de los demonios del miedo de nuestra debilitada conciencia. Un Milagro, en fin, que nos invita a vivir y pensar sólo en los términos propios de lo milagroso... Un milagro propio de colosos, como el propio coloso del Monte de la Abadía.

Y es que, cuando estás cerca del Monte de la Abadía de St. Michel, te das cuenta de lo que significa el placer de vivir y de gozar. El monte se alza por encima de las actividades de la rutina diaria y por eso sientes que allí tienes la posibilidad de ensanchar y de enriquecer tu campo de experiencia. Allí descubres otra dimensión de la vida y parece que te acercas a la comprensión del gran secreto que el lugar esconde y tú también te conviertes en parte del misterio. El Monte te da el poder, además, de llegar a poseer lo bueno, lo verdadero y lo bello. Ver, conocer, descubrir, gozar eso es lo que allí se siente y por ese motivo querrías volver una y otra vez, como "J" a ese vórtice en el que el elixir de la vida alcanza el esplendor desbordante de las mareas.

El secreto que sólo J. conocía y que quiso compartir con nosotras y nosotros, en la playa, con la marea retrocediendo. En el Monte de St. Michel te das perfecta cuenta, - como J. - de que una gran similitud lo une todo y siempre lo ha unido y lo seguirá uniendo para siempre. Todas las distancias, tanto en el tiempo como en el espacio, por grandes que éstas sean, todas las conciencias, todos los seres, aunque sean muy diferentes o vivan en lugares distantes. Que todas las naciones, banderas, culturas se pueden unir en una sola. Que todas las identidades que ya han existidos, y las que puedan llegar a existir, se encuentran íntimamente vinculadas. Este es el secreto, aún no desvelado del monte.